

SALVATORE, Ricardo D. *La Confederación Argentina y sus subalternos: integración estatal, política y derechos en el Buenos Aires posindependiente (1820-1860)*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago de Chile, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2020.

La presente obra del reconocido historiador argentino, Ricardo D. Salvatore, se estructura de la siguiente forma: una Introducción, cinco capítulos, que, si bien no aparecen enumerados y nombrados en el índice como tales, el Dr. Salvatore lo hace a lo largo del libro; reflexiones finales y una profusa exposición de fuentes y bibliografía que concluyen este trabajo.

El escrito de Salvatore une diferentes aspectos que ya han sido abordados en trabajos anteriores, de su autoría, con solvencia y profundidad. En esta oportunidad añade un elemento aglutinador: el concepto de *subalternidad* durante la época rosista extendida: 1820-1860. Esta etapa no es elegida al azar pues incluye los años previos, 1820, a la preparación de Juan Manuel de Rosas hasta llegar a convertirse en gobernador de la provincia de Buenos Aires en dos períodos: 1829-1832 y 1835-1852, hasta los posteriores a su caída cuando aún pervivían los intentos por restablecer una organización federal cercana al personalismo rosista, 1860.

El análisis se centra en Buenos Aires distinguiendo grupos sociales, para el autor fundamentales a la hora de reconocer las *subalternidades*. A saber: los peones de estancias y pequeños campesinos independientes convertidos en soldados activos y veteranos del ejército federal; los afrodescendientes -a los que en gran parte de la obra denomina “morenos y morenas”-; los grupos indígenas, las mujeres campesinas pobres y federalas; los unitarios y, por último, el grupo que formó parte de la rebelión del coronel Hilario Lagos en 1852-1853.

Salvatore realiza un minucioso trabajo en el Archivo Nacional de la Nación (Buenos Aires, Argentina) con el fin de mostrar, respaldado en documentos, las relaciones entre los *peones de estancia, gauchos, pequeños campesinos reclutados a la fuerza para convertirse en soldados activos* con el gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas. Estos documentos develan y reconstruyen las experiencias tanto individuales como colectivas con

el Estado. Un Estado coercitivo que busca controlar la campaña e imbuirse de un halo sacro. Ese “halo sacro” se invoca en las levas, las campañas reclutadoras de peones y campesinos para engrosar el ejército federal invocando la defensa de la “Santa Federación” contra “el mal” representado por los unitarios considerados herejes, blasfemos, opositores a esa unidad por la que el Estado rosista bregaba incansablemente. Pero ese “patriotismo incondicional” tenía sus límites: soldados con poca paga, escasez de alimentos y malos tratos. Destaca el Dr. Salvatore un dato interesante: los soldados que eran maltratados se quejaban ante las autoridades locales -generalmente jueces de paz- y sus reclamos eran atendidos. Se puede decir, entonces, que el discurso republicano del rosismo se efectiviza en algunas ocasiones, aunque éstas sean muy pocas.

Otro grupo subalterno analizado es el de los *afrodescendientes*. Un grupo vilipendiado por las clases altas al considerar su origen -esclavo-, sus vestimentas, en especial las femeninas, sus bailes y diferentes formas de expresión como poco decentes y contrarias a la moral pública. En este punto el autor rescata el accionar de Rosas frente a los libertos y a las comunidades afrodescendientes. La muestra más clara de ello es la asistencia de él junto a su familia a los carnavales negros, así como el criticado baile afroamericano de Manuelita, su hija, en estas ocasiones festivas. Para Ricardo Salvatore, Rosas reconoce a los integrantes de este grupo como “subalternos integrales” pues forman parte activa de la patria federal. Dos datos de trascendencia en este período son: la firma del Tratado con Inglaterra en 1839 en el que se prohíbe el comercio y trata de esclavos y, en segundo lugar, el censo de libertos. Si bien dicho censo tenía como finalidad tener, aparentemente, clara la cantidad de ellos fue muy difícil obtener datos exactos, aunque sirvió para cohesionar a los hombres en esta situación en torno a la figura del gobernador de Buenos Aires. El registro de los libertos sumado al Tratado suscripto con los ingleses son acciones que para Salvatore forman parte de “la larga agonía de la esclavitud”. Este concepto de “larga agonía de la esclavitud” retrata el difícil proceso de rescate de documentos, periódicos, pinturas. La abolición de la esclavitud llegará con la sanción de la Constitución Nacional en 1853 que ya lo era de hecho.

Una muestra de cohesión y agradecimiento al “padre protector” y/o “padre de los pobres”, Juan Manuel de Rosas, por parte de la comunidad afrodescendiente quedó plasmada en la *poesía federal negra* que rescata las reminiscencias del antiguo paternalismo real y lo vuelca en la figura del “Restaurador”. La poesía negra era una forma de expresión y adhesión

al régimen rosista que podía ser tanto real o fingida pero que a la larga benefició al trato de estos hombres y mujeres. En este punto, es preciso mencionar que Ricardo Salvatore utiliza como sinónimos los términos afrodescendientes o afrorioplatenses con morenos y morenas cuando en realidad no lo son. Dentro del mismo grupo afrodescendiente se reconocen más negros unos que otros, la alusión a morenos /morenas refiere a la ausencia de tez blanca y, por lo tanto, puede referirse a mestizos, zambos o mulatos.

La relación del Estado de Buenos Aires con otro grupo subalterno, *los pueblos indígenas*, es abordada en la obra con detalle y en la que se observa en el manejo hábil de documentos, cartas, informes militares que demuestran las estrechas relaciones entre los ambos. Ricardo Salvatore describe grupos: “los indios mansos, aliados o amigos” y “los indios beligerantes o enemigos”. Con el primer grupo, Rosas mantiene un intercambio fluido y pacífico a cambio de armas, ganado, comercio; mientras que con los segundos la comunicación se encontraba totalmente interrumpida pues estos grupos indígenas continuaban con sus actividades de “maloqueo” (saqueos, toma de rehenes, robos, etc.). De todas formas, Salvatore arriba a la conclusión que, tanto unos como otros corrieron la misma suerte al ser víctimas del maltrato y violencia se incorporasen o no a la sociedad criolla, blanca y cristiana. La resistencia a los castigos conllevaba un fuerte aumento de las acciones represivas.

La mujer ocupa un espacio importante en esta obra y, en especial, *la mujer pobre, campesina y federala*. En este capítulo, el autor rescata la figura de esa mujer que ha quedado sola en su paupérrima vivienda porque su marido, hijos mayores, hermanos u otros integrantes masculinos de la familia han sido reclutados a la fuerza por y para el ejército federal con la promesa de una buena paga y la creencia que su incorporación era vital para terminar con el mal que los unitarios encarnaban. Las mujeres ante situaciones de desolación debieron hacerse cargo de las labores del campo, ejercidas normalmente por los hombres, para mantener a sus familias. Esa situación de soledad y “debilidad” trajo consigo escenas de violencia sexual y abusos constantes. A pesar de ello, las mujeres campesinas hicieron escuchar sus voces frente a las autoridades locales -generalmente jueces de paz- y ante el mismo gobernador de Buenos Aires. A modo de ejemplo en este último caso, Salvatore rescata la denuncia de una mujer frente a Juan Manuel de Rosas contra el hombre que la había agraviado y violado. Rosas no hizo caso omiso a la denuncia presentada e impuso una

dura pena al abusador como forma ejemplificadora para los hombres que quisieran aprovecharse de las mujeres que se encontraban en situaciones similares.

El tema de la mujer no se agota aquí pues el historiador indaga acerca de aquellas féminas que se asentaban cerca de las carpas de los ejércitos en los que se encontraban maridos, hermanos o hijos. La intención era reencontrarse con “sus hombres” así como, también, pasar un buen momento con la soldadesca. Es dable destacar que la mujer, para Salvatore, no era un elemento de discordia en el ámbito social, aunque las mujeres, pobres y “federalas” eran ignoradas por la parte “buena y decente” de la ciudad y el campo.

El análisis de otro grupo subalterno y opositor, *los unitarios*, es rico y abundante en detalles, el autor distingue -diferenciándose de la historiografía tradicional- entre los “unitarios comunes” o del bajo pueblo de los “unitarios letrados, intelectuales” tanto civiles como militares que formaban parte de la elite.

En el capítulo dedicado a este grupo de subalternos, Salvatore explica los motivos por los cuales él los considera como tales. Si bien los unitarios no podrían considerarse como parte del espacio de la subalternidad impuesta por el sistema rosista, el hecho de ser considerados “enemigos públicos” cayendo bajo el dominio del Estado al ser confiscados sus bienes, perseguidos, exiliados o muertos, los hace ser considerados subalternos.

El autor relata las diferentes caras de este grupo político distinguiendo a los “unitarios pacíficos” de los que no lo son. Los primeros son los que están en contra del Estado Rosista pero no representan una amenaza, aunque es preciso reconocer que muchos de estos “unitarios pacíficos” eran en realidad federales contrarios al régimen personalista impuesto por Juan Manuel de Rosas.

Utilizando correspondencia, clasificaciones de delincuentes, soldados activos y veteranos, Salvatore enfatiza el maltrato de los oficiales unitarios hacia sus subordinados. Las figuras de Gregorio Aráoz de Lamadrid y José María Paz fueron clara muestra de esta conducta al infligir cruentos castigos a sus hombres, desatender los reclamos por escasez de alimentos, falta de abrigo, entre otras penurias de sus subordinados. El General Juan Lavalle, denota el historiador, se muestra más benévolo con los soldados y para congraciarse con ellos hace caso omiso a los actos de libertinaje, pero era común que Lavalle actuara de esa forma. Ante la indiferencia de los jefes, las tropas unitarias reiteraban sus quejas a diario hasta llegar, en algunas ocasiones, a amotinarse para ser escuchados.

La aceptación de la hegemonía del gobierno por parte de los sectores populares es indudable; caso contrario lo era en los grupos de milicias unitarias que, si bien fueron reclutados -igualmente que los soldados federales- a la fuerza nunca gozaron de buenos tratos y/o buen alimento. Este tipo de relaciones marca que el liderazgo de los caudillos federales prevalecía sobre los jefes militares unitarios. En estos últimos la brecha educativa y social hacía imposible que los altos mandos compartieran, aunque fuese, una comida con los soldados-campesinos a quienes despreciaban por su condición social, pero paradójicamente, necesitaban para engrosar sus ejércitos. De alguna manera ese maltrato hacia los soldados entregó la victoria a Juan Manuel de Rosas hasta su caída en 1852.

Importante es observar que la pertenencia a uno u otro bando no significaba adhesión a las ideas políticas que uno u otro grupo expresaban. Los soldados cambiaban de bando con facilidad y si lograban tener éxito en sus intentos de desertar escapaban a lugares en los que jamás podrían ser encontrados o reconocidos pues la huida iba acompañada del cambio de ropas, corte de cabello u otro elemento identificadorio.

El último capítulo de “La Confederación Argentina y sus subalternos” está dedicado a la *rebelión del Coronel Hilario Lagos* quien mantuvo sitiada a la ciudad de Buenos Aires entre diciembre de 1852 y julio de 1853. Esta Rebelión se produce tras la caída de Rosas en la batalla de Caseros el 3 de febrero de 1852. Lagos encabezó un movimiento insurgente de vecinos propietarios que se oponían a la decisión del gobernador de Buenos Aires, Valentín Alsina, de no participar en el Congreso Constituyente a reunirse en Santa Fe desconociendo a Justo José de Urquiza como Director Provisorio de la Confederación hasta la elección del primer presidente constitucional. Según R. Salvatore, este grupo representa un espacio subalterno confuso ya que sus integrantes rebeldes no formaban parte de un conjunto con estas características, pero fueron considerados así -subalternos- antes, durante y después del movimiento rebelde liderado por Hilario Lagos. En este punto, el autor cita a un historiador del siglo XIX, José Luis Bustamante quien describe este levantamiento como sinónimo de “violencia inaudita” o bien el regreso de los caudillos al poder. Al igual que Bustamante, otros hombres como Valentín Alsina y José María Paz defenestraron la rebelión de Lagos calificándola como ejemplo de barbarie y autoritarismo propio del caudillismo.

Ricardo Salvatore rescata los componentes republicanos, liberales e igualitarios de los rebeldes y revaloriza este movimiento encabezado por Lagos junto a los vecinos

propietarios de la campaña que basan sus reclamos en las mismas ideas liberales de la Revolución Francesa de 1789. Para el historiador, los rebeldes basaron su accionar en un principio ya usado en 1810: “la retroversión de la soberanía” y si debían luchar o elegir diputados para enviar al Congreso Constituyente de Santa Fe estaban dispuestos a hacerlo. Dicha rebelión fue sofocada y la figura de Hilario Lagos quedó en el olvido como una demostración más de lo que la barbarie caudillista significaba.

Para finalizar el texto, Salvatore elabora las conclusiones finales que permiten observar cómo se desarrolla el “sistema de subalternidades” durante el período comprendido entre 1820 y 1860 en Buenos Aires; la relación de cada grupo subalterno con el Estado rosista destacando sus principales aspectos; rescata tanto las voces de las clases dominantes, así como las subalternas utilizando para ello una importante cantidad de documentos del Archivo General y en repositorios estatales.

El autor concluye reflexionando sobre la presencia de un estado fuerte desde la entrada de Rosas en la política, en 1820, y años después de su caída -ya 1860- cuando los que ocupen su lugar sean sus antiguos rivales y tomen medidas similares a las del Estado rosista pero dentro del marco constitucional.

Ricardo D. Salvatore presenta una rica obra en la que abunda el uso de documentación editada e inédita, profusa bibliografía y material archivístico. El concepto nuevo y aglutinador, para la época estudiada, es el concepto de subalternidad que desmenuza en cada capítulo. El presente trabajo rescata, aumenta y profundiza temas abordados anteriormente por el autor; su lectura es altamente recomendable dejando abierta la posibilidad a nuevos enfoques y debates sobre esta controvertida época de la historia argentina.

Gabriela Curi Azar